

IRIS



NUM. 97

BARCELONA, 16 MARZO 1901

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



CUENTO

Pues señor: allá en Sevilla, ó cu un cortijo cercano, vivió en tiempos un chalan con más conchas que un galápago, ducho en artes gitanescas y capaz de dar un chasco al mismísimo *divé* que es el Dios de los gitanos. Tenía el tal una vez un viejísimo caballo con más tachas que alifafes y más alifafes que años, y, viendo que le era inútil, y estaban los pienso caros pensó en desprenderse de él al chalaneco apelando. Pensar y hacer, fué uno mismo, y, en menos que canta un gallo, con unos que fabricó en diabólicos cacharros, poniendo en la cola crines, en la boca dientes falsos, color en las mataduras y lustre negro en los cascos, dejó al penco moribundo hecho un alazán gaillard, y seguro de venderle fuese con él al mercado. Más ni él contó con la huésped, ni en valde el tiempo hace estragos

y, aunque el disfraz de la maula era prodigio extra-humano, apenas llegó con ella, el chalan vió con espanto que toda la grey gitana conocía al disfrazado.

—*Me es accidental*, —se dijo,— que no se ahogaba en un charco, y llamando á un chavalillo le habló quedo poco rato, puso en su mano la brida, le dejó junto al caballo y fuese él á pasear feria arriba, feria abajo. Llegó á poco un campesino y al verle venir llorando, rompió el chaval á decir con gritos descompasados:

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! yo no quiero que se lleven al caballo.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! yo no quiero. Pasó el campesino cándido junto al grupo y al chalan, que ya se había acercado, —¿Poique llora el churumbel? preguntóle.

—Poique el jaco es la bestia más bonita der mundo y no quíe dejárla; pero, como fartan luas

y están los tiempos mu malos, manque llöre el churumbel, le vendo y cuento acabao. —¿Y es tan bueno?

—¡Calle osté! se pue llevar en la mano, yendo en él, una docena de cañas de vino blanco y no se errama una gota. Hablaron, quedó hecho el trato. Cargó el uno con la maula, quedóse el otro cantando y aquí el cuento concluyera si á la otra feria este diálogo no entablaran al hallarse estafador y estafado:

—¿Compare, osté por aquí?

—Ya ve osté.

—¿Quiosté otro jaco?

—Quio que me haga osté un favor.

—Pues desembuche y ya estamos que yo soy pa los amigos mu servicial; con que, ar grano —¿Qué quíe osté?

—Mu poca cosa que en cuanto haiga otro mercao me empreste osté el chavalillo pa ver si vendo aquel cáncano.

A. MIQUIS



TERESINA

I

No tendría más de quince años la preciosa costurera cuando trabajaba en una tienda de confecciones de ropa blanca de la calle del Hospital. Y era tan guapa, tan airosa, tan modestita y tan simpática que, jóvenes y no jóvenes, enantos nos cruzábamos con Teresina, al subir ésta á las seis ó seis y media de la tarde por la Rambla de Cataluña, en dirección á su humilde casuca situada en una angosta callejuela de la barriada de Gracia, la mirábamos con delectación y la contemplábamos embelesados hasta que la encantadora chiquilla escapaba al alcance de nuestra vista. Luego... los viejos seguían su camino relamiéndose de gusto, y los chieuelos de mi camarilla—todos un tantico enamorados de aquella nena ideal y *circumspecta*—nos dábamos cita para esperarla todos los días, para requerirla, para echarla flores más ó menos ingeniosas, y para ver quien sería el majo que tenía la gracia y la dicha de conquistarse el cariño de aquel corazoncito virgen ó siquiera una mirada afectuosa de aquellos ojos negros, apacibles y melancólicos, trasunto fiel de una alma pura, tranquila y cándida.

¡Qué desencanto el nuestro! Teresina, la obrerilla tan preciosa como molosita y recatada, esquivó nuestro encuentro en cuanto se apercibió de nuestras galanterías y requiebros, y nuestra *contumacia* la obligó á cambiar de camino. Á escabullirse precipitadamente por cualquier bocacalle, así que nos columbraba acechando un paso, y á fruncir su bondadoso ceño como si con tal gesto, que en ella no podía resultar desdichoso aunque se empeñara, quisiera decirnos: —¡Huid de mí, mequetrefes, porque si me enfado de veras...!

II

Transcurrió algún tiempo. Teresina, cada vez más simpática y más hermosa, volvió á aparecer, en tre seis y seis y media de la tarde, por la Rambla de Cataluña; y caminaba tan airosa, tan recatada y, al parecer, tan embebida en serias reflexiones que generalmente no se daba cuenta de las miradas apasionadas que la dirigían los barbilampiños que pasaban por su lado, ni de las frases de admiración que murmuraban á su oído los entusiastas de la belleza femenina.... Y si notaba que algún vehementemente adador insistía con miradas tiernas ó con palabras dulzarronas y encomiásticas, la formal costurera, medio avergonzada, medio ofendida, aceleraba el paso y se iba á la acera de la izquierda ó la derecha, dejando expedito el centro del paseo á sus impertinentes admiradores. Y al que osaba acercarse á ella, pretendiendo acompañarla, le contestaba con dignidad:

—¡Ya le he dicho á usted que me haga el favor de retirarse y, sin embargo, continúa usted molestandome! ¿Que se ha figurado usted de mí?

No obstante la enérgica actitud en que se colocaba Teresina cuando algún atrevido, desoyendo sus ruegos, la seguía y perseguía con tenacidad requiriéndola de amores, no pudo conseguir que un caballejo de edad madura, de aspecto distinguido, elegante y no poco fachadoso desistiera de esperarla, de acercarse á ella, de hablarla prometiéndola dichas y venturas sin cuento, jurándole que la querría mucho, muchísimo, que se desviviría por complacerla en todo, que no anhelaba otra cosa que hacerla feliz, para la cual, si accedía á su pretensión, la ofrecía dinero en abundancia, alhajas riquísimas, vestidos lujosos y todo cuanto necesitaran tanto ella como su familia para vivir bien, para rodearse de comodidades, para disfrutar alegremente de la vida, para «nadar» en la opulencia, para asegurar su porvenir. Y charlaba tanto y tan bien el traidor *gavilán*, mostrábase tan respetuoso y correcto, y parecía tan bueno y tan sincero y tan formal... que la inexperta tortolilla, halagada por aquellas frases tan alimbaradas, deslumbrada por el brillo del oro y la pedrería que ostentaba el estirado señorón, vis-

alumbrando riquezas que redimirían de la miseria á su pobre madre y á sus tres hermanitos. Llegó á escucharle y se dejó querer concediéndole, durante tres ó cuatro noches, un ratito de honesta conversación, parte afuera de la vía urbanizada. Y allí, á la opaca luz de los faroles del alumbrado público, la contemplaba su ladino perseguidor queriendo *comérsela* con los ojos, extasiado, enloquecido por impuros deseos, ante aquella figura escultural de delgadas y voluptuosas líneas, de seno mórbido y palpitante. Y allí, en aquella peligrosa oscuridad, turbada la inocente niña por la mirada apasionada, ansiosa y sugestiva de aquel tenorio de mala ralea, consintió que la estrechara la mano, que la mirara muy de cerca y que, al despedirse, acariciara «paternalmente» su sedosa cabellera.

III

Hacía dos meses que escaseaba el trabajo para las obreras de ropa blanca. Enferma la madre de Teresina y faltándole á ésta su mezquino jornal de siete pesetas semanales, no tuvo otro remedio la honrada viuda que empeñar ó malvender, tanto sus pocos y desvencijados muebles como las ropitas de su adorada Teresina y de los tres pequeños. Y ocurrió que al anochecer de un domingo se agravó la enferma, acudió el médico y extendió una receta cuya pócima debía suministrársela con urgencia, antes de las diez, entre ocho y media y nueve, si era posible.

—¿Y qué hacemos en este caso, Teresina de mi alma? ¿De dónde sacamos dinero para pagar la medicina?—dijo la madre.

—Sí, sí; Teresina salía de su casa dispuesta á traer la medicina; el farmacéutico no se la daría fiada, eso ya lo sabía ella; pero ¿no tropezaría en el camino con una persona caritativa que contándole su desgracia la socorriese espléndidamente? Sí, sí,—pensaba,—al primer caballero ó señora que me encuentre se lo digo todo, le explico nuestra situación y confío en que se compadecerá de mí.—¿Me equivocaré... me equivocaré, Dios mío?—decía sollozando.

Y corriendo desalentadamente, nublados sus hermosos ojos por un mar de lágrimas, se dirigió á la ciudad, desembocando en el Paseo de Gracia por la calle de Córrega.

Y el primer caballero con quien tropezó fué con «don Rafael», con aquel señorón que la requería de amores, que la seguía «con mal fin» y que, al averiguar ella que estaba casado, le había reprochado su vil proceder, amenazándole con delatarle á su señora si insistía en sus malvados propósitos...

Pero tales eran la turbación y el desconsuelo de Teresina que, sin reconocerle, le alargó la mano en ademán de petición y empezó á contarle sus penas, la miseria en que vivían, el apuro del momento... Y le exhibió la receta, y le pidió por Dios, por la Virgen, por todos los Santos, por lo que más quisiera en el mundo, que se apiadara de ella. El caballero sacó del bolsillo dos duros en dos monedas, y al depositarlas en la mano de la mendiguita apretóse la fuertemente y la dijo:

—¿No me has conocido, Teresina?

Tembló la infeliz de pies á cabeza... y por la salud de su madre aceptó la limosna, con cuya cantidad pagó la medicina y compró algunos alimentos para que cenaran sus hermanitos.

Allá en la oscuridad, parte afuera de la vía urbanizada, esperó «don Rafael» el regreso de la *gacela*. Y la ofreció dinero, mucho dinero, y la propuso convertirla, de simple y miserable costurera, en la amante de «todo un gran señor» como él se llamaba; y por fin, exacerbado, furioso ante la incorruptibilidad de la muchacha, la sujetó rodeando con sus brazos aquel cuerpecillo flexible y esbelto, é intentó exigirle que le quisiera. Y Teresina, desasiéndose valientemente del sátiro, le arrojó al rostro el frasco de la medicina, los comestibles que llevaba para sus hermanos y el metálico que efectuadas dichas compras la sobrara de la limosna.

Y se alejó gritando desaforadamente: —¡Socorro! ¡Socorro!

DESIDERIO MARCOS



LA REINA DE LAS FLORES

FABULILLA

Sobre su tallo ondulante
una rosa se mecía,
y, tan bella se creía,
que así exclamaba arrogante:

—Soy la reina del verjel
en fragancia y en color:
no existe una sola flor
más dichosa que yo en él.

Solicito el jardinero
día y noche por mí vela
y hacia mí su amor revela
su cuidado y tierno esmero.

Mi perfume al aspirar,
se anima el poeta é inspira,
y, orgullosa, oigo su lira
sus cantos á mi entonar.

Y así como del poeta
el genio inspiro, el pintor,
de mi púrpura el color
hace dar á su paleta.

Esto me hace muy dichosa;
pues si entre flores estoy
tan bellas, dice que soy
mi fama la más hermosa.

Y entre tan ricos sabores
me causa grande ventura,
ver como ante mi hermosura
se humillan todas las flores.—

Así la rosa divina
decía; más de improviso,
su mala fortuna quiso
que de una pared vecina
se desprendiese un cantón,
y, dando en su tallo erguido,
dejólo tan mal herido
que movía á compasión.

Las flores así que vieron
tan maltrecha á la deidad.

—¿Por qué ahora nuestra fealdad,
en tono burlón dijeron,
á la faz no nos arrojas?—
Más la pobre flor herida,
avergonzada y corrida
escondióse entre las hojas;

y allí, ¡oh triste! abandonada
á su implacable dolor,
al cabo murió la flor
sola... ¡sola y olvidada!

Nunca una hermosa de intento
se alabe, que puede serle
muy amargo y sucederle
lo que á la rosa del cuento.

CEILLERNO DE LOS SANTOS MORENO





DRAMA DOMESTICO



PEPES Y LOLAS

¿Quién no conoce una Lola y dos ó tres Pepes por lo menos?

El nombre de la popular heroína «inmortalizada» por Ricardo de la Vega en aquella conocidísima canción:

«la camisa de la Lola,
un chulo se la llevó».

es más «general» en este bendito país, que muchos de los «generales» para «andar por casa» «usados» ó «aguantados por los españoles».

Desde la dama empingorotada de linaje abolengo, hasta la más humilde hija del pueblo, el nombre de Dolores, familiarizado en absurda «equivalencia» que ni es tal, «ni Cristo que lo fundó», se multiplica «hasta lo infinito», en esta tierra de garbanzos y monopatines.

La historia de la «galantería» nos presenta una Lola de imperecedera recordación. ¿Quién ignora lo mucho que «dió que hacer» á sus numerosos amantes y «que decir» al común de las gentes la famosa bailarina Lola Montes?

«¡hermoso ejemplo para las «traviatas» del día!

Gracia, juventud, belleza,
de orden, amor, riqueza...
¡placeres nunca medidos,
por la vejez convertidos
en soledad y tristeza!

Observo que adopto el tono lúgubre y lacrimoso, tomando en serio la farsa de la existencia.

«Como se trata de «dolores» y es tos «¡ay!» abundan tanto! Al llegar el «Viernes de Dolores», alegrase el alma sintiendo la proximidad del mes de abril; solo faltan siete días de luto y recogimiento — con arreglo á liturgia — y después... guerra al prosaico, cuanto indigesto potaje, á las no menos antipáticas espinacas, al «saladísimo» bacalao y á la democrática sardina!

¡Juegan el sábado «de gloria», el domingo de Pascua, la primera corrida de la temporada! Comenzarán los higiénicos paseos matinales; se «cuarán» de flores los jardines; se cubrirán los campos de verdura! El sol, rasgando las tinieblas del invierno sombrío y triston lanzará sus rayos esplendidos, inundando de luz y calor á la Natura-



leza, que volverá de su letárgico sueño de cinco meses, desparezándose para desear el entumecimiento que los fríos invernales la producen. ¡Volveremos á la vida!

«Bien venido sea, pues, el «Viernes de dolores» y reciban mi felicitación sincera y entusiasta, cuantas «Lolas» son en el mundo, aunque todavía no he podido explicarme que relación existe entre aquel nombre y este «diminutivo» familiar... ó lo que sea! Lo mismo digo de los Pepes.

«¿Qué semejanza existe entre esta locución y el nombre de José? Se denominan vulgarmente con el calificativo de «pepes» por contracción — «aunque violenta» — de «pepinos». Á los melones sin madurar. Y en ese caso, preciso es confesar que existen más «pepes» que «José» y que:

«ni son todos los que están,
ni están todos los que son»

es decir: que ni todos los José» son «pepes», ni todos los «pepes» son José».

Por lo demás, tenemos cada «pepe» político — pongo por Silveira — cada «pepino» económico — léase Villaverde — y tantos «pepes» literarios y artísticos, que seguramente no se agotará la cosecha por mucho que se consuma.

Cada día nace un «pepe» y varios «pepinos», que andando el tiempo logran «inmortalizarse» ¡Como que muchos consiguen pescar un sillón «con dietas» en la Academia!

Aunque «dice» el refrán que «lo que abunda no daña», gracias á tantos «pepes» hemos echado los españoles el pelo que lucimos, para que «nos lo tome» cualquiera, con «sus manos lavadas», ó sucias, que todo puede ser.

Mas — prescindiendo de esos «pepes» — envío un saludo afectuoso á los «José» — sin antipático «diminutivo» — pidiendo perdón á los lectores por esta «late», inspirada — vamos á decir — en las festividades del Patriarca y del último Viernes de Cuaremas.

Y perdonen los aludidos el modo de señalar.

LUIS FALCATO

(Dibujos de tízaco)

LA PRIMAVERA

Es fecunda en amores
y mensajera
de brillantes colores
la primavera;
ella restaura
los tapices de flores
que besa el aura.
Viste el monte sus faldas
con mantas de hojas,
y ligeras guirnaldas

y allá en las rosas
sus alas de oro plegan
las mariposas.
De rocío las perlas
caen de noche
en la flor que, por verlas,
abre su bricche,
y al ver sus galas,
el aire por beberlas
mueve sus alas.



de flores rojas:
y sus follajes
parteen de esmeraldas
ricos encajes.
Sus ondas clara fuente
tiende serena
por reflejar la frente
de la azucena,
y alegre trina
al rizar su corriente
la golondrina.
Entro copos rojizos
la rubia aurora
ostenta sus hechizos,
y, triunfadora,
con tintas leves
de los Andes colora
las blancas nieves.
Plateadas aguas riegan
á lindas flores,
y entre ellas raudos juegan
los picaflores:

Estrellas de topacio
formando encaje
salpican del espacio
el cortinaje,
y el aura leda
suspira entre el ramaje
de la arboleda.

Por sobre la ancha loma
que se dilata
la casta luna asoma
su luz de plata,
y con alhago
la mira y la retrata
el manso lago.



Perfumes son las flores.
música el viento,
admiración y amores
mi pensamiento.
¡Ah! ¿Quién pudiera
contemplar sus primores
la vida entera!

Con la dulce pureza
de su perfume.
olvido la tristeza
que me consume,
y me imagino
que igual á su pureza
es mi destino.

Estación hechicera,
lluvia de flores,
divina mensajera
de los amores,
dulce ventura
nos brindas, primavera,
con tu hermosura.

A tu influjo revive
Naturaleza,
porque de ti recibo
nueva pureza.
¡Gloria á tu encanto,
reina de la belleza,
que adoro tanto!

ROSENDO CARRASCO



EL VALLE DE OROTAVA



PUERTO DE LA OROTAVA

En las clásicas leyendas de los griegos, á través del luminoso plasticismo poético y mitológico de las fábulas homéricas y hesiodicas, preséntese la maravillosa perspectiva del Valle de Taoro, antiguo y florido santuario de una raza viril, de un pueblo cuyos recuerdos históricos tienen toda la risueña y sencilla grandeza de las tribus nobles, y todo el esplendor triste de las civilizaciones fragmentadas por el aislamiento étnico y extinguidas en el trascurso de una existencia sin comunicaciones con otros pueblos, efecto de los tremendos cataclismos que



VISTA PARCIAL DEL VALLE DE OROTAVA Y JARDINES DEL «GRAN HOTEL TAORO»



«GRAN HOTEL TAORO» E HIPÓDROMO.—PUERTO DE LA OROTAVA

en su hipótesis de *La Atlántida* nos refiere Platón.

Por mediación del eminente escritor francés Julio Leclercq, ha narrado la bella literatura los encantos de la hespérica *Arantápalá*, como llamaban los guanches al Valle de Taoro. Estás frases de aquél condensan su entusiasmo: «Se pueden describir los Alpes ó los Pirineos, pero el Valle de Orotava desafía toda descripción; es un fragmento destacado de otro mundo mejor». Y tam-



VILLA DE LA ORUTAVA Y JARDINES DEL «GRAN HOTEL TAORGA»

dicho en estos versos que transcribo, dice así el gran poeta:

*Je connais une rive
Où jamais des hivers
Le souffle froid n'arrive
Par les vitraux ouverts.*

A las virtudes salutaris de la temperatura atmosférica, únense los múltiples aspectos del paisaje. Playas y acantilados alternan en una combinación poderosa, delinenda con amplias suavidades ó con abrupta violencia, digna de la pluma ferrea de un Verdaguer ó de un Guimerà. El cielo presenta cambiantes sorprendentes. Unas veces tiene la intensidad azul que caracteriza al de la región andaluza, otras la colo-



VILLA DE LA ORUTAVA



PICO DE TRIDE Y LAS CAÑADAS EN LA ISLA DE TENERIFE

bién por el autorizado dictamen de talentos como el barón de Belcastel y el doctor Zerolo, ha pregonado la Ciencia la indiscutible superioridad de sus condiciones y ventajas climatológicas sobre las de otras regiones preconizadas en sentido favorable á la curación de las enfermedades de las vías respiratorias. La Madera, Niza, Málaga, Pau, Palermo y el Cairo no llegan ni con mucho á la uniformidad de temperatura que se disfruta en el que fué asiento del gran mencey Rencom.

Victor Hugo lo ha

ración grisácea que tinte el de las costas bretonas, y siempre, á la hora del crepúsculo vespertino, la poieromada magnificencia con que el sol incendia el de los países orientales. Bajos el cielo versicolor, las montañas destacan sus picos coronados de pinos seculares, y el árbol indígena, el drago milenario y ascético, eriza en el espacio sus brazos creti-

les como un mirapolo gigantesco y fantástico. Tal profusión de luz ha sido magistralmente trasladada (pase el vocablo) por el pincel de un artista catalán, Meifren, á licenzos de inestimable valor pictórico. Por encima de las montañas, por encima de las nubes, dominando la extensión del mar en una zona de gran extensión y coronando el Valle de Orotava, levántase el Teide, la montaña madre, la inmensa mole de granito que traza la memoria los versos del autor de Canigó:

*¡En qué espantables
lamentos prorumpir debió la tierra
al dar á luz en sus primeros años
esa gigantesca mole!*

Como peregrinos ávidos de contemplarle y admirar las bellezas que encierra, ha cruzado por este



«PLAZA DE LA HESIÑA».—PUERTO DE LA OROTAVA

Valle de Orotava numerosa falange de ilustres huéspedes: los príncipes de Prusia, Humboldt, el emperador Maximiliano, Andersen, Arago, Herthelot, el rey de Bélgica y otros muchos cuyos nombres han sido saludados con profundo respeto en esta tierra hospitalaria y expansiva.

Aquí fué donde la fuerza prodigiosa y creadora de la Naturaleza quiso condensar todos esos eucantos de los jardines míticos, donde la vista se deleita con la realidad de lo que soñara la imaginación de los clásicos griegos; aquí fué donde la armonía cósmica y vegetativa reventó en una explosión de variados ritmos, cálidos y vivaces como las inspiraciones de Anacreonte ó de Virgilio; y fué aquí también, en estas Islas Afortunadas, donde se inició con el arribo



PLA DE LA «PLAZA DE LA HESIÑA»

de Colón ese gran símbolo de vida comercial y prosperidad económica que andando el tiempo había de franquear á Europa las inmensas vías del Atlántico, y recabar para la tierra de los guaniches la preeminencia geográfica en las navegaciones ultramarinas.

GUILLÓN BARRÁS

Damos las más expresivas gracias al Sr. Barrás por el artículo con que nos ha favorecido, y que su brillante trabajo contribuirá á que se forme verdaderamente de la Orotava.



«PLAZA DEL DOCTOR SR. DON PERBEZ».—PUERTO DE LA OROTAVA

COSAS QUE PASAN

La crónica necroológica tiene que registrar otra defunción que supone una dolorosa pérdida para la ciencia: tal es la del sabio médico D. Eugenio Olavide, director que fué por espacio de muchos años del Hospital de San Juan de Dios, de Madrid y verdadera eminencia en la especialidad de enfermedades de la piel.

Hace ya bastante tiempo se había retirado de la vida activa, después de haber dado las más relevantes pruebas de actividad y amor al saber y a sus semejantes. El doctor Olavide fué en España uno de los precursores de las doctrinas microbianas, no ciertamente como están constituidas, hoy sino como podían explicarse antes de los grandes trabajos de Pasteur, y en este sentido atribuía al *parasitismo vegetal* la producción de muchas afecciones cutáneas.



† DOCTOR D. EUGENIO OLAVIDE

En el Hospital de San Juan de Dios creó originales y atrevidos tratamientos para diversas enfermedades, prescribiendo ciertos medicamentos a dosis jamás imaginadas anteriormente, por ejemplo, el aceite de bacalao, en cantidades de media y una libra diarias para la curación del *lupus*, grandes dosis de calomelanos y de clena para ciertos males, etc., etc.

Deja el doctor Olavide una obra monumental, ó sea el *Tratado Iconográfico* sobre enfermedades de la piel, con magníficas láminas en colores representando las innumerables formas que revisten dichos afectos y con la particularidad de figurar su retrato en el capítulo dedicado a la *Cancide*, de manera que el ilustre dermatólogo se quiso mostrar como ejemplo de *paciente*, aunque no sea muy grave la dolencia que consiste en peinar canas.

Otra obra muy interesante es los *Aforismos* sobre la especialidad que tan brillantemente cultivó y en los cuales se deja ver la inmen-

sa experiencia adquirida en la práctica de los hospitales y en la civil.

Incansable en su anhelo de adelantar, fundó el Laboratorio micrográfico y el Museo de piezas patológicas de San Juan de Dios, empresas que sólo pudo realizar gracias á su fuerza de voluntad y á su carácter vivo y batallador. La sola creación de dicho Museo y Laboratorio bastaría á hacer ilustre la memoria de Olavide, pues rivalizan con los del célebre Hospital de San Luis de París, pero no menos servicios prestó también con su coschianza y con sus numerosos trabajos en la prensa profesional y en las academias, figurando entre sus discípulos los reputados especialistas Sot y Lastra, Pardo, Regidor, Bombin, Azúa y otros no menos distinguidos.

¡Descanse en paz el ilustre médico y venerado maestro!

Los conciertos que se celebran en el Liceo, bajo la dirección del maestro Nicolau y de D. Luis Millet se ven, con razón, muy favorecidos siendo esto la mejor prueba del profundo cambio realizado en los gustos del público. Gracias á Dios, pasaron ya los tiempos en que solo se iba á oír al tenor ó á la tiple; hoy se va á oír *música*, quedando relegados á segundo ó tercer término los gorgoritos y monerías.

El Sr. Nicolau con la orquesta del Liceo y el Sr. Millet con el *Orféo Catalá* han hecho oír entre otras notables composiciones la admirable *Misa de Requiem* de Berlioz, conocida ya en parte por haber sido ejecutada en el Palacio de Bellas Artes y recibida ahora con igual aplauso que entonces.

Ha dirigido dos de esos conciertos el famoso compositor y director de orquesta alemán Ricardo Strauss, que dió á conocer tres obras suyas de extraordinaria importancia. Una de ellas es un poema sinfónico titulado *Una vida de héroe* que produjo inmensa sensación y quedó reconocida como una de las composiciones más atrevidas que jamás se hayan escrito en música. «Desde el primer momento,—dice un respetable crítico,—se descubre en ella un músico de gran talla, un técnico como no haya otro, un talento que se sale de los límites ordinarios.»

Otro poema, de más reducido alcance que el anterior, fué *Las traversuras de Till Eulenspiegel*, lleno de espontaneidad y frescura, y, por fin, la tercera obra que se ejecutó, original de Strauss, fué el coro á diez y seis voces *Cap al respire (Al anochecer)*, admirablemente interpretado por el Orféo.

El ilustre maestro Strauss fué objeto de calurosas ovaciones por parte del público, y no menos como director de orquesta, habiendo hecho oír de una manera admirable la 7.ª y 8.ª sinfonías y el preludio de *Lohengrin*.



† D. MARIANO ARALS
(Fot. de Bueno)

En Madrid se ha verificado con el más brillante éxito el estreno de *Sigfredo*, que, por todos conceptos, ha resultado un verdadero acontecimiento musical. También se han estrenado algunas comedias que han merecido el aplauso del público, entre otras *Me gustas toda* de nuestro particular amigo y colaborador de IRIS D. Miguel Portolés.

No es menester decir enan to nos alegramos del lisonjero éxito alcanzando por tan distinguido escritor, que después de largos años de lucha ha podido, por fin, tener la satisfacción de ver reconocido su mérito.

Como de costumbre, el cambio de ministerio ha puesto en conmoción a multitud de ciudadanos que esperan sacar raja del nuevo «orden de cosas», por más que este orden sea puramente me afórico.

Todos andan tras de ser concejales, diputados, senadores, gobernadores, consumidores, embajadores, jefes de negociado ó cuando menos oficiales séptimos de la clase de décimos ó empleados en las brigadas municipales. A los que no viven del presupuesto el cambio no les ha dado ni frío ni calor, pues está todo el mundo harto desengañado para interesarse en la *res publica*, que dijo Alonso Martín-z, cuando le decían que había sido ministro con la república, aunque esta fuese la de Serrano y Sagasta.

Ya nadie se interesa por nada de lo que á la política atañe, que es lo peor que le puede suceder á un pueblo, pero así lo han querido los flados.

España es una nación de regimen constitucional mistificado, y para vivir como vivimos en realidad valdría más que en lugar de Cortes hubiera *visires* y en vez de Senado *ulemas*. No hay cosa que haga más daño que vivir divorciados de la realidad, y la realidad es que aquí estamos viviendo igualdad que en Marruecos ó Turquía, y aun respecto á esta

ultima hay que distinguir entre la europea y la asiática; conste pues, que nos referimos á la *Tarquía Asiática*.

Parece ser que el *género chico* se va de cabeza á los infiernos y que reina la más espantosa soledad en los teatricos *consagrados* al mencionado *género ó especie*. El que no quiebra, salda con gran *deficit* y ni á tres tirones hay quien pueda levantar al chulo y á la chula, al guardia de orden público, el cesante, el tablaero, el sereno y demás personajes tradicionales. Ya nada importa ahora, pues el mal está hecho, y toda España es *género chico*. Los pueblos tienen los gobiernos y las zarzuelas que merecen.

Dicen los ingleses que Botha va á capitular. Tan es carmentados estamos todos que no nos atrevemos á desmentir el anuncio, pero séanos permitido, á lo menos, á los admiradores de los boers, que afirmemos rotundamente que si Botha se rinde no se rendirá De Wett. ¿No! De Wett no se rendirá, y la humanidad podrá aun no avergonzarse del todo de su degradación al ver que todavía quedan hombres como De Wett!



EL MAESTRO D. RICARDO STRAUCH



EL MAESTRO D. ANTONIO NICOLAU



EL MAESTRO D. LUIS MILLÉT

EL NUEVO MINISTERIO



DUQUE DE ALMODÓVAR DEL RÍO
ESTADO



MARQUÉS DE TEVERGA
GRACIA Y JUSTICIA
(Fot. Yda. de Amagay)



GENERAL WEYLER
GUERRA
(Fot. Napelón)

Ya tenemos la dicha de vernos gobernados nuevamente por la acreditada razón social Sagasta, Moret y Compañía. Por cierto que *suprimimos* los retratos de los dos citados personajes, pues creemos que ya se los sabrá de memoria todo el mundo. De todas maneras, no es de creer que el advenimiento de los sagastinos represente ninguna «mejora» en la política; aplicando al caso actual una augusta frase puede decirse que son los mismos *perros* con distintos collares.

Nada hay que decir de Sagasta, pues bien conocido es todo lo que ha dado de sí, y lo que puede dar. De Moret cabe manifestar que es lástima que en vez de ser un individuo de la especie humana no sea un barco: es *insumergible*; por graves que sean las averías que recibe, se las cura en un periquete y cuando todo indica que se va a pique, flota como una boya. Debería tomar por divisa la de la ciudad de París: *Fluctuat nec mergitur*.

El Sr. Colón ministro de Marina, puede en su calidad de ganadero, dictar sabias medidas respecto á la pesca del *bou*; por lo demás su apellido es de mal agüero. Tres *Colonos* de guerra hemos conocido: uno que nunca pudo servir; otro, nueve veces, que naufragó poco después del *Reina Regente* en los *Bajos Colorados* y el *Colón* de la casa Ansaldo, que estuvo en lo de Santiago de Cuba. Del general Weyler se dice que se propone hacer efectivas cuatro mil recompensas, pendientes de resolución. No se puede afirmar que harán ó desbarán Urzaiz, Teverga, Villanueva y Romanones. En cuanto al Duque de Almodóvar del Río suponemos que hará como antes; y nada más, sino esperar á que vuelva á subir Silvea.

Por lo demás, se han cumplido las profecías, y después de tantas idas y venidas, consultas, dictámenes, artículos, telegramas calendarios, apuestas y encargos al tendero de comestibles subió Sagasta.



MIGUEL VILLANUEVA
AGRICULTURA (Fot. de Bueno)



ÁNGEL URZAIZ
HACIENDA (Fot. de Bueno)



CONDE DE ROMANONES
INSTRUCCIÓN PÚBLICA
(Fot. de Bueno)



S. Gotze: EN EL JARDIN DE EPICURO

Ayuntamiento de Madrid

EL ARTE CONTEMPORÁNEO

Estamos en presencia de *las dos Eminencias: la roja y la gris*. Ha resultado, en efecto, que con todo su inmenso poder, su poderoso talento, su férrea voluntad y sus vastos designios, Richelieu no hacia nada sin consultarlo con su oscuro frailuno llamado *el P. José*, tanto que en realidad el verdadero ministro, el omni potente amo era éste, y no el cardenal. No obstante, por un singular capricho, que bien podría ser un desaforado orgullo, el P. José esquivaba continuamente toda ocasión de aparecer como lo que era en realidad, y gozábale en mandar y gobernar ocultamente, despreciando las exterioridades y oropelos del poder.

El asunto se refiere al descubrimiento de un secreto de Estado que el cardenal ignoraba, y que le hizo conocer el P. José. Con frecuencia, en efecto, los hombres que creen disponer de los destinos del



UN SECRETO DE ESTADO, cuadro de J. Pettie

mundo se encuentran con enemigos disimulados que les combaten, les hostigan y á veces les pierden. En el caso de Richelieu el enemigo era la reina, María Ana de Austria, hermana de Felipe IV, como en el caso de Bismarck era la emperatriz Augusta, que pudo alabarse de ser la única persona del mundo que le traía á cual traer al *Canciller de hierro*.

Otras veces ha sucedido que mientras los ministros negociaban, trataban é intrigaban, el rey hacia, á sus espaldas, política propia; así sucedió durante todo el reinado de Luis XV, y se repitió bajo nuestro Fernando VII. Hoy ya no son casi posible los *secretos de Estado*, y si los hay son el secreto á voces.

John Pettie se ha penetrado muy bien del carácter de sus personajes y ha sabido prestar á la escena un carácter verdaderamente dramático. La orgullosa arrogancia del P. José contrasta con el profundo decaimiento de Richelieu, y el solo intento de presentar en tal estado de ánimo al ministro es ya bastante para que interese vivamente la obra.



MANON LESCAUT, por M. Leloir

La novela de *Manon Lescaut* es contada entre las obras maestras de la literatura francesa, y ciertamente que con sobrado motivo. Su autor, el abate Prevost, fué escritor fecundísimo, pero de entre sus innumerables obras solo la de que hablamos ha pasado á la posteridad, lo cual demuestra que debe encerrar especialísimos méritos. Los tiene, realmente, y son el profundo sentimiento que rebosa de aquellas páginas, lo conmovedor del drama y la simpatía que despiertan irresistiblemente la pobre Manon y el desventurado caballero Des Grieux. El buen abate pintó *el amor y la muerte* de una manera admirable; analizó como consumado psicólogo, pero ocultando cuidadosamente su análisis bajo las galas de un estilo deliciosamente suave y tierno y de una narración profundamente patética, las consecuencias de aquella pasión, y sembró la obra de escenas de poderoso relieve, ya graciosas, ya terribles, pero igualmente emocionantes y que una vez leídas no se olvidan.

Agréguese á esto cierta *imprecisión* en las descripciones, incluso en los retratos de los personajes, y se comprenderá como *Manon Lescaut* ha podido tentar á tantos artistas, que han interpretado á su manera lo que el original dejaba en poética vaguedad.

De esa potencia de sugestión que posee *Manon Lescaut* dan fe, por ejemplo, las interpretaciones musicales, tan diferentes, que de ella han dado Massenet y Pucini, y lo mismo que en música ocurre en otras artes. Numerosos han sido los pintores é ilustradores de *Manon* y todos ellos han sentido los asuntos de diverso modo, si bien hay que reconocer la manera admirable, como lo ha hecho Maurice Leloir. El cuadro de desolación en que se desarrolla la escena, la inhospitalaria playa de la Luisiana en que yace el cadáver de la infortunada proscrita están representadas con verdadero sentimiento y traducen con dramática grandeza aquel final tan lúgubre, jamás imaginado tratándose de dos almas tan ajenas á los trágicos horrores del Destino.

Son Des Grieux y Manon el reverso de la medalla de *Pablo y Virginia* y, sin embargo, igual es su suerte ante el Océano. Diríase que uno y otro autor se sintieron inspirados por la misma idea, solo que Saint Pierre invocó la pureza absoluta, santa, santísima, y Prevot el inconsciente libertinaje, más gracioso que perverso, de sus respectivas heroínas. En suma, es idéntico; la archipúdica Virginia, más admirable en punto á virtud, que su propia tocaya romana, se confunde en el cielo de la poesía con la pobre coquetuela—*non sancta*—á quien el amor sublima é immortaliza.

¿Qué importa después de todo la cédula personal? El tiempo es el gran nivelador y hace poco caso de las profesiones y estados. Virginia y Manon dejan de ser lo que eran *oficialmente* para ser *humanamente* dos iguales. La tempestad no distinguió en ellas para hacerlas su presa, y son unas mismas ante la *Tempestad*, es decir, ante la *Muerte*, inseparable del Amor.



EL DOMINGO

El día está espléndido. El sol brilla en un cielo limpio de nubes. Es un domingo de apacible temperatura; un domingo recibido con regocijo por los miles de seres que descansan, que pueden considerarse libres en este día después de toda una semana de trabajos y sujeción. Para la sociedad aristocrática y aun para la *clase media* el domingo es un día insoportable en el que es preciso, de salir a la calle, codearse con la plebe.

A mí me encanta ese día; pobre recompensa dada al país que sufre y que trabaja. En las afueras de la población, allí donde se respira aire puro, se reúnen, en pintoresca confusión, obreros, criadas, soldados; toda esa legión, en fin, de trabajadores anónimos.

En un baile al aire libre y al compás de destemplado organillo bailan soldados que lucen vistosos uniformes y *peripuestos* dependientes de comercio con costureras y criadas que visten los airosos ó fornidos cuerpos con lo mejor de sus haulas. Sentado en un banco de piedra, tomando el sol, un anciano mira sonriendo como sus nietos, vestiditos de limpio, juegan y ríen con esa despreocupación deliciosa de los pocos años. También para el viejo obrero tiene encantos el domingo. Ni bailes ni mujeres va a buscar. Sin ilusiones y ya al fin de la vida su único goce es ver correr por el campo á sus nietos y jugar con ellos. Los viejos y los niños, aunque parezca un absurdo, tienen mucha semejanza.

En alegre merendero que el sol llena de luz y macetones de *ebonitas* adornan, una veintena de familias que al recrearse el *paladar* se recrean el espíritu celebran el domingo comiendo grandes fuentes de *caldos* que remojados con vino les saben á gloria. Andando despacio, como quien por gusto camina, se ven á un hombre joven, fornido, dorado bronceado y aspecto simpático y á una mujer débil, hermosa, que lleva en sus brazos á un niño de cabellos rubios y ojos azules. El hombre ansioso de cariño, rodea con su musculoso brazo de obrero que lucha con el hierro el tallo de la mujer y los dos miran con ternura al niño que les sonríe. ¡Hermoso grupo, digno del más valioso cineel, el que forman el amor y el trabajo abrazados con la mirada puesta en una misma esperanza!

Lejos del bullicio, apartados de todos, medio escondidos por un montecillo de escaso verdor están la *maritornes* apenas llegada á la ciudad y el soldado correspondiente al último reemplazo. Huyen de la gente, se asustan de tanta fiesta y ocultos en el triste campo de las afueras de la población pasan la tarde del domingo recordando la aldea de la que él fué arrancado por la milicia y ella echada por la miseria. Y en sus horas de nostalgia se consuelan con miles de recuerdos que son bálsamo de almas que sufren y no saben el porvenir que les espera.

El trabajo en el campo, acompañado de risas y cantos, en tardes tan hermosas como la de este domingo, pero de cielo de un azul más puro; la alegre comida; las entrevistas amorosas á la hora de la siesta, allí, en lo más hondo de la arboleda y los bailes en la plaza al son de la gaita y el tamboril y las procesiones de la Virgen en el mes de mayo y el monótono guitarreo de las noches de *ronda* frente á las rejas de las mozas más bonitas de la aldea; ¡qué se yo! ¡Todo un mundo de recuerdos que les hace sonreír y llorar á un tiempo! Llega la noche y su oscuridad hace volver á la realidad al quinto y á la *maritornes* que echan á andar hacia la ciudad deprimida, muy deprimida, pensando ella en lo negro de su vida si por no llegar á la hora precisa fuese despedida de la casa donde sirve y pensando él en lo oscuro del calabozo en el que pasaría una temporada si llegase tarde al *toque de retreta*.

Y confundidos en pintoresco grupo marchan todos á la ciudad en la que les espera una semana de trabajos y sujeciones. A mí me encanta el domingo, pobre recompensa dada al país que sufre y que trabaja; á los que mucho debemos y de los que todo lo esperamos.

JOAQUÍN AZNAR



